

Ésta tomó algunas florecillas, que ofreció á Raimundo.

—Guardad vos éstas en recuerdo de este día...., y devolvédmelas cuando ya no me améis.... Yo, yo no os devolveré jamás las mías.... ¡Jamás!

¡No se habían dicho aún que se amaban, y ya hablaban de dejarse de amar!....

VI.

Raimundo de Ferdys sólo pensaba en su amor á Noris; pero un amor respetuoso, absoluto, capaz de todas las locuras y de todos los sacrificios. Comprendía que sólo veía á Noris, que sólo pensaba y sólo se inquietaba por ella. Era una absorción de todas sus facultades y de todos sus pensamientos. Él también, como la joven, conceptuaba como uno de los más bellos días de su vida aquel paseo á Versalles y aquella sencilla conversación por los bosques. Experimentaba al dejar á «Susana» á la puerta del hotel de la calle Jouffroy una impresión de amargura, como si un telón de teatro ó una piedra de sepulcro hubiera caído sobre una cosa acabada, sueño ó realidad, que no había de ver más.

Jurábase guardar siempre, como Noris—arrastrado por su infantil amor,—las violetas de la niña; y no se atrevía á volver á la calle Jouffroy: tenía miedo de venderse, de decir á la señorita Feraud lo que ella sabía ya, que la adoraba, y que aquel

amor, más profundo cada día, le hacía olvidar todo lo que no era ella.

No iba á ver á Noris por tratar de combatir aquella fiebre, y queriendo dominarse, cansaba á la vez su cuerpo y su espíritu, multiplicando sus trabajos en el ministerio y acudiendo por las noches á todos los puntos en que esperaba encontrar una distracción ó un olvido; pero en todas partes hallaba, si no la imagen, el pensamiento de Noris. El teatro que vive del amor, y cuya musa es la mujer, le hablaba de Noris. La soledad del bosque por la noche, se poblaba de fantasmas, que eran Noris. Hasta en los ruidos de los cafés-conciertos, en los Campos Elíseos, bajo los árboles, entre las locuras de los bufones á la moda, una romanza frívola ó una copla tierna, le recordaban á Noris. Era una obsesión, pero una obsesión poderosa, que Ferdys no quería tampoco ahuyentar.

Era feliz pensando en Noris, y hubiera querido decir á todo el mundo cómo le llegaba al alma aquella criatura tan franca y tan bella; pero no había más que un ser en el mundo á quien pudiera hablar de ella, René, quien á su vez buscaba ocasiones de hacerlo desde el escándalo del Circo.

Chantenay sentía la misma obsesión, aunque mezclada de rencores; porque, pensando en Noris, sentía la cólera nerviosa que le agitaba febrilmente ante cualquier obstáculo. No estaba acostumbrado á recibir semejantes lecciones, ni las aceptaba resignado, y le parecía duro guardarse «aquel cumplimiento», como él decía.

Y, para colmo, Raimundo ganaba terreno diariamente junto á Noris, lo cual parecía á René una especie de desafío que una y otro le dirigían. Esto

le humillaba. Por otra parte, Noris le parecía tan hermosa y admirable, que no comprendía cómo las gracias de la doncella se habían desarrollado tan espléndidamente.

—¿Qué me miráis así? (preguntaba un día la señora de Montepreux á Chantenay). Me analizáis con la mirada, como si no me conocierais.

Chantenay comparaba á la rubia Condesa con Noris; y los ardores de los grandes y negros ojos de ésta le parecían más extraños y capaces de turbar que las claras opulencias de aquella belleza rubia.

Jacoba comprendía instintivamente la existencia de un peligro, sorprendiendo en las pupilas de René sueños y deseos que no eran por ella. Entonces quería aturdir al Príncipe, enlazándole y arrastrándole en el torbellino, como en un vals de su país. Inventaba, para no apartarse de él, partidas campestres, en las que no respetaba muy cuidadosamente el nombre de Montepreux. Se mostraba en Chantilly con él, luciendo grandes trenes y hablando en voz alta para causar ruido. En París arrastraba á los amigos del Príncipe, Nestor y el duque de Marsan, á los lugares más plebeyos, habiéndoseles visto, á ellos de corbata blanca y á ella en traje de baile, en un proscenio del Walhalla-Teatro. Al otro día la Condesa y los amigos de *Flor-de-Chic* comían en la terraza del café de Embajadores, y Jacoba, aspirando los frescos olores de los árboles, mezclados á los del champagne y el tabaco, se embriagaba con aquella despreocupación de *high-life* en un restaurant al aire libre.

Ella redoblaba su actividad, su ingenio, sus alegres risas, que dejaban ver su blanca dentadura,

queriendo conservar á todo trance á aquel príncipe René, que parecía escapársele, mostrándose preocupado, sombrío, y pensando en otra. Los amigos de Chantenay juzgaban incomparable á aquella Jacoba, y daclaraban que les volvería el juicio si *Flor-de-Chic* no debiera casarse con ella. Nunca se había visto belleza semejante.

—¡Á que ninguno de vosotros adivina la proposición que he recibido hoy?—decía la señora de Montepreux, apoyada sobre la balaustrada del restaurant, mientras que de entre los verdes castaños, iluminados por el gas, partían alegres risas, acentuadas por explosiones de Roederer en aquella especie de Kermesse internacional, en que las parisienses, vestidas de terciopelo, sonreían á los que comían.

—¡Veamos la proposición!—decía el duquesito de Marsan, sentado al lado de Nestor de Aubreval, el gran Nestor, y enfrente de Jacoba, inmediata á Chantenay.

—Una locura (respondía la Condesa). ¡Oh! No lo acertaréis.... Pues me han ofrecido....

—¿Un reino? (dijo Marsán.) Eso no me extrañaría.

—No es un reino; es algo más positivo. Un americano, un fotógrafo americano,—es preciso para esto ser americano,—me ha suplicado que asegure su fortuna dejándome retratar.... ¡Cree poder vender fardos y fardos de retratos míos, y me ofrecía el tanto por ciento de las ganancias!.... ¡Á eso hemos llegado, amigos míos!

—Eso prueba (dijo Marsan) que los americanos son personas de gusto.

—Pero ¿quién le ha sugerido esa idea á vues-

tro yankée?—preguntó Chantenay con indolencia.

—¿Quién? El periódico.... Ese Gardanne, que describe á las mujeres de mundo y á las actrices, habrá creído oportuno citarme como la más bella de las parisienses, lo que no es muy galante para París, puesto que soy austriaca.... Mi fotógrafo americano, que habita en el Gran Hotel, leyó el artículo, y se fué en derechura á la calle de Santo Domingo.

—¿Sabía las señas de vuestra casa?

—Es muy práctico: las leyó en el cartel del baile del Hotel Continental, á beneficio de la obra de las Envolturas, de que soy patrona.

—¡Esa es una lección! (dijo René.) ¡Las cómicas de que habláis no hacen aún imprimir sus señas en los carteles de teatro!

La señora de Montepreux se echó á reír, admirada de la reflexión del Príncipe.

—¿Os hacéis ahora puritano, Chantenay?

—Siempre me han gustado las cosas correctas....

—Y el *chic*.... Y nada tan *chic* como anunciarse en carteles por caridad.

—Todo esto prueba únicamente (terminó diciendo Aubreval), que el fotógrafo americano es muy listo y que Gardanne no es un imbécil. Si yo fuera fotógrafo, tampoco querría hacer más que un retrato, el de la Condesa, y rompería en seguida mis aparatos, como los pintores dicen, aunque sólo hacen que rompen sus pinceles.

Sobre la escena, blanca por la luz, una muchacha gorda se dirigía al público, con la mano junto á la boca en forma de bocina, y después fingiendo taparse los oídos cuando un clamor unánime y ruidoso pedía la repetición de la copla.

—¡Bis! ¡Bis! ¡Bis!

—Señores (dijo la Condesa), parece que lo que cantan es sublime.... ¡Y no lo escuchamos! ¡Es preciso escuchar!

—Sí; escuchemos.

Y el *couplet* era repetido allá abajo por la muchacha gorda, con el rostro brutalmente iluminado:

«Yo soy la comilona, yo soy la enamorada,
El ángel anhelado, el ángel del amor,
Que marchó por el mundo, la frente levantada,
Buscando las caricias del joven seductor.
Escudos que del padre reunió la economía,
Escudos que guardaban las medias de mamá,
Saltad en vuestras tumbas, que os llama mi osadía,
Saltad en vuestras tumbas, con gozo me los da.
Y el hijo, que es mi amante, con gozo me los da.

Mira que no es justo,
Mi querido Augusto,
Sufrir sin razón:
Dame ese dinero,
Que yo lo prefiero
Á tu corazón.»

En el público surgía entonces un entusiasmo, una locura, un frenesí. Se pedía la repetición de la canción aquella groseramente burlona; de aquel estribillo siniestro de ironías brutales; queríase oírlo otra vez, oír siempre aquella poesía que olía á arroyo, aquella canción de la basura y del vicio, resollada bestialmente por aquella mujer, que lanzaba á la multitud sus atrevidas frases como hubiera arrojado á la turba sus desprecios populacheros.

Jacoba de Montepreux estaba encantada, y apoyando sus hermosos brazos desnudos sobre la balaustrada, como en el antepecho de un palco, refase

y acompañaba el innoble estribillo; y cuando la canción fué cantada, repetida y desollada por la multitud, y la muchacha gorda desapareció entre aclamaciones y entusiasmos que acaso no obtuvo nunca una Rachel, la Condesa, impresionada por aquella poesía de albañal, repetía con sus bellos y nobles labios:

«Dame ese dinero,
Que yo lo prefiero
Á tu corazón.»

Al volverse, gesticulando mucho, distinguió junto á una mesa bastante apartada á un caballero de retorcido bigote, sentado junto á una joven vestida de blanco, al cual reconoció, y dijo á René:

—¡Mirad, vuestro tío!

Era Ferdys en efecto. Desde abajo había visto á Margarita Brunier comiendo sola y hablando; se limitaba á verla comer, porque él lo había hecho ya en el Círculo. El Marqués había distinguido á la señora de Montepreux y á sus amigos; pero había creído discreto no saludarles: para estos casos tenía una miopía muy oportuna.

Jacoba no hubiera extrañado, sin embargo, el saludo, y hasta miraba á Margot con una persistencia capaz de llamar la atención. Sabía muy bien que Margarita Brunier era amiga de aquella señorita Feraud, por la que René se había batido un mes antes, y que aquel diablo de *Flor-de-Chic* era muy capaz de seguirla amando. Hubiera querido saber por aquella muchacha lo que Noris pensaba de René, y si por casualidad no había ido éste después de su duelo á la calle Jouffroy.

Pero Ferdys continuaba sin conocer á su sobrino, á la señora de Montepreux ni á nadie; y cuando, terminada la comida, René, algo alegre por el champagne, colocaba la manteleta sobre los hombros de Jacoba, disponiéndose á marchar, Raimundo de Ferdys se presentó en la entrada de la terraza, buscando una mesa vacía. La Condesa le distinguió, y dijo alegremente en voz alta:

—¡Ah! ¡Vuestro primo ahora! ¡René!... ¡Decidamente estamos en familia!

Chantenay había visto perfectamente á Raimundo, y con su habitual risita hizo seña á su primo de que se acercase:

—Querido, aquí te dejamos una mesa libre; te cedemos la plaza.

—¡Muy felices, señor de Ferdys!

Y Jacoba tendió á Raimundo su mano fina y suave.

Raimundo no parecía muy satisfecho de aquel encuentro, y el Príncipe, riendo siempre, añadió:

—¡Pero si nos marchamos! ¡Si no interrumpiremos tu soledad, teniente Hamlet!... ¡Estás tan alegre como si hubieras heredado á Werther! Mira allá enfrente á tu padre, y sigue su ejemplo.

—¿Mi padre?

La señora de Montepreux, que se calzaba los guantes, indicó con un movimiento de cabeza la mesa en que Margarita Brunier comía junto al Marqués; pero no observó el movimiento de disgusto que hizo instantáneamente Raimundo.

Después, saludando á Jacoba, dió algunos pasos hacia la escalera para marcharse.

—¿Te vas así?—dijo René.

—Me voy..., sí.

El marqués de Ferdys no había perdido uno solo de sus movimientos, y sentía sobre sí la mirada de su hijo llena de reproches.

—¿Qué tenéis?—le preguntaba Margot.

—¡Yo...; nada...; meditaba!

René, entretanto, se había vuelto á sus amigos, y decía á la Condesa:

—Es un tipo, un verdadero tipo, mi primo... ¡Aún está por civilizar!

—Pero es muy agradable (contestó Jacoba), y muy guapo.... No tanto como vos (añadió): no vayáis á tener celos.

El duque de Marsan y Nestor se apartaron para dejarla pasar, y los jóvenes, siguiendo á la Condesa, bajaron, codeándose con los camareros, la escalera del restaurant, para dirigirse al Bosque. Jacoba dirigió una última mirada al café-concierto, donde á la sazón se ejecutaba un bailable desenfadado, é iba tarareando maquinalmente:

«... Mira que no es justo,
Mi querido Augusto....»

Delante de la puerta exterior, cuyas guirnaldas de gas, en sus blancas pantallas, iluminaban vivamente los árboles, había una muchedumbre de gentes, que se oprimían junto á los grandes carteles de la entrada, para coger de lejos algún fragmento de aquellas canciones que la Condesa llevaba como un recuerdo divertido, como un eco de locura.

Al llegar cerca de la puerta, René, que llevaba del brazo á la Condesa, rechazó ligeramente á un señor viejo, de sombrero gris, que andaba con len-

titud, y cuya espalda abultada molestaba á Beaumartel, que quería andar á sus anchas.

Sintiéndose tocado por el codo del joven, el individuo, apoyado en su bastón, volvióse bruscamente, y René vió una cabeza blanca con grandes bigotes, y cuyos ojos fatigados le miraron frente á frente.

—Podrías haber esperado á que pasase yo,—dijo el viejo.

—Y vos podrías andar más ligero,—respondió René.

—Es que no puedo andar fácilmente, porque padezco de gota.

Y con el remate de su bastón mostraba el pie derecho deformado, y sus gruesas zapatillas.

—Pues cuando se tiene gota (contestó René, deseoso de seguir su burla), no se viene al café-concierto. Tengo prisa, y no es culpa mía que sufráis podagra.

Y aún seguía burlándose, cuando el anciano, mirándole fijamente á los ojos, le dijo bruscamente:

—Sois el príncipe Beaumartel de Chantenay....; os conozco perfectamente.... Yo soy el general Robin. Si este nombre no os dice nada, tanto peor.

Y el General, señalando al marqués de Ferdys, que bajaba solo y se dirigía hacia ellos, añadió:

—Preguntad al señor de Ferdys, que él y yo velamos el cadáver de vuestro padre en la ambulancia.

El príncipe René, desconcertado y pálido, miraba á Robin, que, apoyado en su bastón, con la roseta roja en su sobretodo, añadía, como hablando á un soldado en día de revista.

—Chantenay, moribundo, sólo deseaba para vos que acabaseis como él: decentemente.... ¡No le

hubiera agradado mucho ver que insultáis á los ancianos!

El General se llevó la mano al sombrero, diciendo á la señora de Montpreux:

—Perdonad, señora.

Y tendió la mano al Marqués, que llegaba junto á ellos.

—Ferdys, decid á vuestro sobrino que no conviene burlarse de los gotosos, pues al paso que va no hará muy viejos los huesos.... Ni tiempo tendrá para padecer podagra, como él dice.

Y Robin se alejó entre la gente que le abría paso, mientras que René, aun en el interior del café-concierto, irritado, consultaba con la mirada á sus amigos, como preguntándoles lo que debía hacer, y Jacoba le decía alegremente:

—Decididamente, mi querido Príncipe, desde hace algún tiempo no tenéis mucha fortuna en público.

—¡La estatua del comandante.... ó del comandante! (dijo el duque de Marsan.) ¡Hubierais debido invitarle á cenar, René!

—¡Pardiez!.... (dijo el gran Nestor.) ¡Un duelo al champagne! ¡Eso sería mortal para un gotoso!

Pero el Príncipe no estaba de humor de burlas: se juzgaba ridículo, como un estudiante sorprendido en una travesura.

Y el marqués de Ferdys, acercándose á él, deslizó en su oído las siguientes frases, mientras le acompañaba hasta su carruaje:

—¿Quieres que te diga lo que pienso, René? Que ambos hemos recibido esta noche nuestra lección. Robin te la ha dado á ti, y Raimundo me ha dado á mí una lección de moral á su manera, cediéndome la plaza. ¡Bien venidas sean, si nos aprovechan!